

EL EMPERADOR JUSTINIANO I EN CORIPO Y JORDANES*

THE JUSTINIAN I ACCORDING TO CORIPO AND JORDANES

PEDRO PÉREZ MULERO
Universidad de Murcia

Recibido: 27/03/2017 Evaluado: 24/04/2017 Aprobado: 14/07/2017

RESUMEN: Se muestra la imagen de Justiniano I (527-565) en un momento concreto de su imperio a través de dos fuentes latinas coetáneas, que escriben entre los años 549-551. Se trata de la obra *Iohannis seu de bellis Libycis libri VIII* (= *Ioh.*) de Flavio Cresconio Coripo,¹ y de la obra *De origine actibusque getarum* (= *Get.*) de Jordanes.² Analizamos la defensa de las campañas militares en África, contra los vándalos, y en Italia, contra los ostrogodos.

Palabras clave: poder; justicia; Imperio romano; propaganda imperial; justificación histórica.

1. FLAVII CRECONII CORIPPI (1970): *Iohannidos sev de bellis libycis libri VIII*. Edidervnt Iacobvs Diggle y F.R.D. Cambridge: Goodyear, Cambridge Univ. Press. CORIPO (1997): *Juánide. Panegírico de Justino II*. Introducciones, traducción y notas de Ana Ramírez Tirado. Madrid: Gredos. Referencias a Justiniano en: L15; II.24; V.43; VII.145.

2. IORDANIS: *De Origine Actibusque Getarum*, en *Iordanis Romana et Getica*. Recensuit T. Mommsen (*Monumenta Germaniae Historica Auctores Antiquissimi*, 5,1), Weidmann, Berolini, MDCCCLXXXII [1882] [= *Monumenta Germaniae Historica*, München, 1982], en concreto pp. 53-138. J. M. SÁNCHEZ MARTÍN (2001): *Jordanes. Origen y gestas de los godos*. Madrid: Cátedra. Referencias a Justiniano en: XIV, 81; XXXIII, 171, 172; XLVIII, 251; LX, 307, 313, 315.

ABSTRACT: Image of Justinian I (527-565) is shown at a particular time of his empire through two coeval Latin sources, who write between 549-551. This is the work *Iohannis Libycis Bellis seu libri VIII* of Corippus and *De origine actibusque getarum* of Iordanis. We analyze the defense of the military campaigns in Africa against the Vandals and Italy against the Goths.

Keywords: Power; Justice; Roman empire; Imperial propaganda; Historical justification.

LA FIGURA DE JUSTINIANO

La figura del emperador Justiniano, comparada en diversas ocasiones con Carlos V o con Felipe II, ha sido calificada como la de «uno de los mayores egos de la historia»,³ comprendida en el marco de una polémica a partir del incoherente retrato de su principal fuente, Procopio de Cesarea. En el año 532, la capital Constantinopla sufre las consecuencias de una extrema violencia social, y de la existencia normalizada de vandalismo entre diversas facciones se da paso a una conspiración política. La revuelta de Niká está a punto de desembocar en el final del emperador y de su esposa, Teodora; pero tras una paciente espera y la vuelta de la calma, conseguida por medio de una sangrienta actuación del poder de las armas, el emperador centra su vista en la expansión y la conquista de nuevos territorios mediterráneos. África, Italia y, finalmente, Hispania son objetivos ambiciosos, pero el emperador y la propaganda del imperio dependían de sus resultados.

En los momentos difíciles durante la revuelta de la ciudad, se dice que Teodora hizo alusión a que «la púrpura era una gloriosa mortaja», expresión que podría ser la nota clave de todo su reinado.⁴ La idea de predestinación del emperador pudo verse reflejada en su propio ascenso. Nacido en 482 en Tracia, una región periférica de los círculos de poder, el joven Justiniano llegó a Constantinopla de la mano de su tío Justino, jefe de la guardia del emperador que en el año 518 fue elegido como emperador de Oriente. Justiniano, su hombre de confianza, miembro de la guardia militar y cortesano bajo la protección de su tío, asciende en la jerarquía y se encarga de múltiples asuntos de Estado. Justino lo adopta, convirtiéndolo en su hijo y heredero; así, en 522, con cuarenta años de edad, es designado cónsul. Hasta entonces todo encaja con la carrera política en la historia romana, pero la personalidad de nuestro personaje tam-

3. P. HEATHER (2013): *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*. Barcelona: Crítica (Oxford, 2013), pp. 105 y 128.

4. P. BROWN (2012): *El mundo de la Antigüedad tardía*. Madrid: Gredos (Londres, 1971), pp. 143 ss.

bién va a dejar impronta en su arriesgada decisión de contraer matrimonio con Teodora, desconocida y procedente de una familia relacionada con las carreras del circo. Ambos suben al trono del imperio en 527, tras la muerte de Justino.

Sus decisiones a partir de entonces se encaminan hacia un doble sentido: ser digno de admiración, pero a la vez distante. Ambos caminos confluyen en una verdadera autocracia adornada con la parafernalia de su imponente ceremonial de la vida en la corte.⁵

Sus actuaciones y medidas repercutieron en la vida cotidiana, ya que acabó con manifestaciones populares ancladas en una larga tradición. El año 529 manda cerrar la Escuela de Atenas, fecha que se suele determinar como el fin de la «filosofía antigua».⁶ Así se abre el periodo de la «filosofía medieval», que destaca por la búsqueda de la verdad, que es Dios, a través del retiro espiritual y la soledad.

El emperador defiende el cristianismo ortodoxo y se afianza como juez que ha de mantener en equilibrio el orden mundial. Efectivamente, en calidad de *imperator*, Justiniano I representa el máximo poder terrenal y la continuidad de la Historia frente a todos sus oponentes.

Su objetivo avanza hacia la creencia de que su imperio ha de evitar las desgracias que puedan hacer que el mal sucumba sobre la Tierra con todo su poder de destrucción. De ahí, su decisión de que todos los herejes han de ser oficialmente declarados enemigos de la verdadera fe, ya que constituyen un elemento peligroso para la Iglesia y el Estado.⁷

Gran conocedor de los campos teológico y legislativo, sus primeras decisiones se centraron en una nueva organización del derecho romano, así como en una serie de imposiciones de conducta social para eliminar los vicios y los malos usos que hacía la población. Los fundamentos del poder imperial descansan en la divinización y en el concepto teocrático.⁸

La revuelta de Niká en Constantinopla parece ser un punto de inflexión en la vida del emperador; los saqueos y los incendios de la gran urbe únicamente se pudieron contrarrestar con la brutal actuación del general Belisario. Es entonces cuando Justiniano entendió cómo podría calmar los ánimos alterados. Así que emprende campañas militares para restablecer su posición como emperador respetado. Da comienzo una excepcional campaña de propaganda de liberación de distintas zonas mediterráneas que habían formado parte del Imperio romano pero que se encontraban en manos de sus heréticos dueños. La década de los años treinta ofreció una imagen triunfal al lograr vencer, en principio fácilmente, tanto a los vándalos en el norte africano como a los godos

5. F. G. MAIER (1974): «Bizancio», en *Historia Universal SIGLO XXI* (vol. 13). Madrid: Editores S.A., (Fráncfort del Meno, 1973), pp. 43 ss.

6. C. GOÑI ZUBIETA (2002): *Historia de la filosofía, I, Filosofía antigua*. Madrid: Palabra, p. 13.

7. R. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (1990): «La obra legislativa de Justiniano y la cristianización del cosmos», en *Antigüedad y cristianismo*, VII. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 495-518, en especial p. 504.

8. R. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (1997): *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 147 ss.

en Italia. La construcción del imponente edificio de Santa Sofía y la plasmación de los mosaicos reales en Ravena fueron el cénit del poder de Justiniano; aunque, como es conocido, las luchas y la realidad de la inestable vida humana acabarían descomponiendo los sueños de gloria de aquel emperador.

A la difícil lucha constante contra el Imperio persa y al alcance de los conflictos en África e Italia se suma, en el año 543, la expansión de una peste por las costas mediterráneas que causa una grave mortandad. Parece que la adversidad y la falta de control sobre zonas muy dispares y distantes del imperio sobrepasaron los límites que podía asumir la enorme empresa de la *renovatio imperii*. La muerte de Teodora, en 548, anuncia el principio del fin. Justiniano se sume en una etapa de reclusión personal, agravada por peso del poder y por sus sesenta y seis años de edad. En esos momentos de apariencia finalista, Coripo y Jordanes escriben en latín unas obras dedicadas a engrandecer los logros del emperador, en esos libros intentan demostrar que sus actuaciones en África y en Italia estaban totalmente justificadas habiéndose convertido Justiniano en juez de la impunidad del mundo. De ese modo, las grietas de los cimientos del imperio se podían disimular con los éxitos parciales frente a sus vecinos más débiles.⁹

DOS OBRAS PARA ENSALZAR EL INTENTO DE UNIDAD IMPERIAL

El poeta africano Coripo,¹⁰ cuya obra escrita entre 549-550 d. C. es considerada un panegírico,¹¹ legitima la entrada bizantina en África por medio de un canto al general Juan Troglita. Es la principal fuente para la campaña africana de pacificación.¹² Coripo pide directamente la intercesión del emperador para poder llevar a cabo su obra: «Tú, Justiniano, enséñame todo, con tu ayuda: pero haz partícipe a la musa de delicioso encanto»: *tu, Iustiniane, fauendo cuncta doce: admisce blanda dulcedine Musam* (Ioh. II, 25). Al comienzo de su obra destaca el objetivo de su narración laudatoria, señalando al emperador entre la Justicia (*Iustitia*) y la Concordia (*Concordia*): «Grandioso en medio de estas, Justiniano, levántate de tu alto trono complacido en tus triunfos, emperador, y como vencedor, proporciona leyes a los tiranos que no han sido abatidos»: *has inter medius solio sublimis ab alto, Iustiniane, tuis, princeps, assurge triumphis laetus et infractis uictor da iura tyrannis* (Ioh. I, 14-16). Justiniano es el «poderoso señor del orbe de Oriente y de Occidente, gloria del Imperio romano»: *orbis dominator Eoi occiduique potens, Romani gloria regni* (Ioh. VII, 145-146).

9. R. J. LILIE (2001): *Bizancio. Historia del Imperio romano de Oriente, 326-1453*. Madrid: Acento Ediciones (Múnich, 1999), p. 47.

10. S. BODELÓN (2002): «Coripo: introducción y puesta al día bibliográfica», en *Entemu*, XIV, pp. 1-12.

11. M.^a DEL D. N., ESTEFANÍA ÁLVAREZ (1972): *Los panegíricos de Corippo*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 9, 31, 44, 59.

12. J. A. S. EVANS (1996): *The age of Justinian. The Circumstances of Imperial Power*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 177-180.

Tras quince años desde el paseo triunfal de Belisario en Constantinopla por su victoria sobre los vándalos en 533, las revueltas y la inestabilidad son constantes en la región norteafricana. Coripo narra los sucesos de una supuesta pacificación final del territorio por el general bizantino Juan Troglita, de la que no sabemos su final porque no se conservan las últimas líneas de la obra.

El escritor godo Jordanes¹³ se ha relacionado con el ambiente constantinopolitano.¹⁴ Aunque se centra en la historia del pueblo godo y sus hazañas a lo largo del tiempo y del espacio, escritas entre 551-552 d.C., legitima el poder político del emperador Justiniano, tanto en su entrada en África contra los vándalos (533-534) como en Italia contra los ostrogodos (535-551). Aunque, en general, los trabajos dedicados a Justiniano no presenten a Jordanes como una fuente base para el estudio de este emperador —salvo para el momento del nacimiento de Germano, esperanza de unión de godos y romanos, así como para los preparativos de la expedición de la flota bizantina a Hispania—,¹⁵ la última línea de su obra lo deja claro: «Además, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito o narrado de ellos [godos] para su propia gloria, sino sobre todo para la de aquel que los venció»: *nec tantum ad eorum laudem quantum ad laudem eius qui vicit exponens* (*Get.*, LX, 316).

Del mismo modo que en África, tras quince años de la intervención en Italia, Jordanes escribe su obra mostrando que el territorio está totalmente sometido; pero, mientras escribe, realmente se está produciendo una segunda vuelta del conflicto contra el rey godo Totila,¹⁶ continuidad de la guerra que se decantará por el general bizantino Narsés en 552.¹⁷

EL ORDEN DE LAS COSAS O LA COSMOVISIÓN DE CORIPO Y JORDANES

Para Vasiliev, cuando el emperador Justiniano subió al trono, se había hecho representante de dos grandes ideas: la idea imperial y la idea cristiana. Para el propio Justiniano, quien determina los actos de la vida es Dios.¹⁸ Esa jerarquía de poder y esa concepción del emperador la comparten abiertamente Coripo y Jordanes.

Coripo se muestra abiertamente cristiano, lo que supone una novedad dentro del panegírico, sigue un camino que había abierto la poesía de

13. A. KAPPELMACHER (1957): «Iordanis», en PAULY-WISSOWA-KROLL, Stuttgart: *RE*, IX.2, (1916), pp. 1908-1929.

14. C. RAPP (2005): «Literary culture under Justinian», en M. MAAS (ed.): *The Cambridge companion to the Age of Justinian*, Cambridge, pp. 376-397, en concreto p. 390.

15. J. A. S. EVANS: *The age of Justinian. ob. cit.*, pp. 177 y 180. JORDANES: *Getica*, 316 y 303, respectivamente.

16. J. MOORHEAD (2000): «Totila the Revolutionary», en *Historia* (vol. 49, n.º 3), pp. 382-386.

17. Para la cronología, véase B. CROKE (2005): «Jordanes and the immediate past», en *Historia* (vol. 54, n.º 5), pp. 473-494, en concreto pp. 477-482. Se basa en los acontecimientos descritos por Procopio en sus *Guerras*.

18. A. A. VASILIEV (1945): «Justiniano el Grande y sus sucesores (518-610)», en *Historia del Imperio bizantino* (tomo I, cap. III) Barcelona: Iberia (Petrogrado, 1917), pp. 108-159, en concreto p. 111.

Claudiano.¹⁹ Diversas referencias en su obra muestran esta concepción religiosa que lo abarca todo:

- «Entonces de pie en medio del campo, bendijo al Señor»: *tunc astans mediis dominum benedixit in aruis (Ioh. I, 99)*.
- «Que el resto esté en manos de Cristo, Señor y Dios nuestro, que todo restablece mejorándolo y que te guíe en todo con su favor»: *cetera Christus agat, noster dominusque deusque, in melius referens, et te per cuncta gubernet prosperitate sua (Ioh. I, 151-153)*.
- «Todopoderoso padre del Verbo y creador de las cosas, principio sin fin, Dios, todo te reconoce como autor y señor y tiemblan los elementos ante ti, su hacedor; los vientos y las nubes te temen, el aire te sirve y por orden tuya truena ahora el alto éter y se mueve la enorme maquinaria del universo sacudido. Tú eres sabio, padre venerable, Tú conoces todo de antemano»: *omnipotens verbi genitor rerumque creator, principium sine fine, deus, te cunsta fatentur auctorem et dominum, factorem elementa tremescunt, te venti nubesque pauent, tibi militat aer, imperioque tuo nunc arduus intonat aether magnaue concussi turbatur machina mundi. Tu scis, summe pater, tu praescius omnia nosti (Ioh. I, 286-292)*.
- «A ti, Cristo, padre poderoso, con razón te glorifican las lenguas de los hombres y mi corazón sin mancha; con gusto te alabo y te doy las gracias. No pretendo ensalzar a nadie más. Tú, creador del universo, Tú vences pueblos y batallas, Tú aplastas las armas impías. Tú acostumbras acudir en nuestra ayuda. Mira las ciudades incendiadas por los pueblos salvajes, Todopoderoso, mira los campos»: *tibi gloriae, Christe, summe parens, hominum linguis et pectore puro rite datur, laudesque libens gratesque resolvo. non alium laudare volo. tu conditor orbis, tu gentes et bella domas, tu conteris arma impia, tu nostris solitus succurrere rebus. aspice seccensas duris a gentibus urbes, omnipotens, agrosque vide (Ioh. IV, 269-276)*.
- «humilde de corazón —lo que resulta grato a Cristo—»: *corde humilis, quod Christus amat (Ioh. IV, 588)*.
- «oró al Señor del cielo, de la tierra y del mar y entregó una ofrenda que el obispo, según la costumbre, colocó en el altar y consagró a Cristo como agradecimiento por el regreso del héroe y la derrota de los enemigos»: *oravuit dominum caeli terraue marisque, obtulit et munus, summus quod more sacerdos pro reditu ducis pro victisque hostibus arae imposuit, Christoque pater libamina sanxit (Ioh. VI, 100-103)*.

En el libro VII, 85-104, el general Juan ora al amanecer el día solicitando la ayuda divina para enfrentarse a sus adversarios en la guerra. La unión de los designios del Cielo coinciden con el poder terrestre en la figura del emperador:

19. M.^a DEL D. N. ESTEFANÍA ÁLVAREZ, *ob. cit.*, p. 62. Esta autora se ha encargado de seleccionar los textos relacionados con el aspecto religioso de los que aquí nos servimos, pp. 62-63.

«Que Cristo poderosísimo luche en tu nombre, Justiniano, con tus armas. Conserva, Padre venerable, el poder de nuestro emperador»: *numine Christus, Iustiniane, tuis pugnet fortissimus armis. principis imperium nostri, pater optime, serua* (Ioh. V, 42-44).

En el caso de Jordanes son varias las referencias a Dios que realiza durante la exposición de su obra. Lo presenta como el creador y, por tanto, como el único que conoce su propia creación: *nulli cognita nisi ei qui eam constituit* (Get. I, 5). Aparece como aquel que puede conceder favores: *si dominus donaverit* (Get., I, 9). Así como el que puede ayudar: *iubante domino* (Get., XII, 75). Del mismo modo, hace referencia a la ayuda del Señor: *si dominus iuberit* (Get., XIV, 81). También se espera que favorezca la unión entre familias poderosas: *generi domino praestante promittit* (Get., LX, 314).

Por otra parte, Dios puede decidir cómo han de resolverse las cosas, actuando o no interviniendo: *deus permittit* (Get., XXIII, 119).

Del mismo modo que Coripo, Jordanes entrelaza la imagen de la fuerza celestial con la terrenal en la persona del emperador al considerar que ayuda en la política del imperio: «Justiniano pudo con la ayuda de Dios [*a deo sibi donatus*] controlar la situación y seguir pacificando nuevos territorios» (Get., XXXIII, 172).

En cuanto a los emperadores romanos, Jordanes da su aprobación o resalta lo negativo en relación con el trato que estos dieron a los cristianos. Hablando del emperador Maximino, y siguiendo a Orosio (*Hist.*, 7, 18, 8) establece que todas sus buenas acciones anteriores se vieron empañadas por su malvada decisión de perseguir a los cristianos: *in persecutione Christianorum malo voto foedavit* (Get., XV, 88). Realza el momento de gobierno del emperador Filippo, único emperador cristiano, junto con su hijo, anterior a Constantino: *qui solus ante Constantinus Christianus cum Philippo idem filio fuit*, (Get., XVI, 89), durante ese periodo cumplía Roma su primer milenio.

Pero el momento más importante en la expansión del cristianismo se iba a producir bajo el emperador Valente; aunque Jordanes no acepta su autoridad, porque decidió seguir un cristianismo arriano y no ortodoxo. El emperador Valente, dominado por la herejía de los arrianos, manda cerrar todas las iglesias de culto del autor de la *Getica*: «había mandado cerrar todas las iglesias de nuestro culto» (Get. XXV, 132). Y envió al pueblo godo predicadores imperiales, que una vez llegados vertieron —según Jordanes— el veneno de su herejía a un pueblo caracterizado por la rudeza y la ignorancia. Es así como narra que los visigodos no fueron convertidos al cristianismo, sino al arrianismo. Un mal que para una persona con mentalidad religiosa ortodoxa, como es el caso de nuestro autor, fue digno de ser ajusticiado por Dios, y ejemplifica en la muerte del emperador Valente el error de haber aceptado una herejía: «No fue esto otra cosa que el mismísimo juicio de Dios, para que muriera quemado por los mismos que, deseando la verdadera fe, habían sido conducidos por él a la herejía, transformando así el fuego de la caridad en fuego del infierno» (Get. XXVI,

138). Esta sorprendente declaración de un escritor cercano a los círculos imperiales de Oriente, en el que gobernó Valente, solo se puede entender desde la aceptación total de un cristianismo ortodoxo, que encaja perfectamente con la política imperial del momento en el que escribe.

Jordanes es consciente de la debilidad del ser humano, que tiende a errar en sus acciones, y como cristiano la acepta. Admite que parte de las circunstancias contrarias a sus intereses en su tiempo son culpa de los pecados de los cristianos, que tal vez no han hecho todo lo posible por agradar a Dios. Dios es quien decide la vida de las personas que habitan el mundo, y ante sus actos tan solo se puede aceptar su designio. Desde este punto de vista del «si Dios quiere» se debe entender el empuje y el ataque de pueblos extranjeros, como los búlgaros, a tierras que habían pertenecido a los godos: «se extienden sobre el mar del Ponto las tierras de los búlgaros, a los que hicieron famosísimos las desgracias ocasionadas por nuestros pecados [*peccatorum nostrorum*]» (*Get.* V, 36). Sucede lo mismo en el caso de los vénetos, también denominados antes, y de los esclavos, que «ahora hacen de las tuyas por todas partes por culpa de nuestros pecados [*peccatis nostris*]» (*Get.* XXIII, 119).

Un hecho importante fue el ataque de la peste «que padecemos ahora hace nueve años» (*Get.* XIX, 104). Algo que aprovecha para relacionarlo con el desastre que narró conmovido el obispo e historiador Dionisio de Alejandría, y sobre el que también escribe el denominado por Jordanes «nuestro venerable mártir de Cristo», el obispo Cipriano (*martyr Christi et episcopus Cyprianus*), en su libro titulado *La mortandad* en el siglo III d. C. Estos autores fueron mencionados por otros autores cristianos para hablar del mismo desastre; por ejemplo, Eusebio de Cesarea, que hace referencia a Dionisio en *Eclesiastés* 7:22, y San Jerónimo, que también los cita en *Chronicon* ad annum Abraham, 2265 y 2269, en relación con la peste sufrida por Alejandría y que afectó a todo el Egipto mediterráneo que, según Jordanes: «asoló toda la faz de la tierra».

LA VICTORIA DEL BIEN SOBRE EL MAL

Coripo muestra varios ejemplos del camino que se ha de seguir para que el bien triunfe en el mundo, ejemplos que van ligados a la idea del gobierno universal del emperador y, por ampliación, de Dios. Pero lo importante aquí es que también nos muestra los resultados negativos de la oposición y del ataque directo. En el *Ioh.* IV, 415 ss., Juan Troglita, tras las palabras de enfrentamiento del rebelde Antalas, decide arengar a sus soldados. El general bizantino primero anima a observar la gloria del Imperio romano, vencedor de batallas y dominador de naciones. Ascenso sobre el mundo conseguido por la valentía auspiciada por la confianza en los suyos. Coripo destaca la clave de la unión y la fuerza de Roma, la lealtad (*fides*). El general, Juan realiza preguntas retóricas para que sus soldados comprendan que el único camino de la vic-

toria es la lealtad; como ejemplo, indica los recientes casos de Gúntarit y de Estucias, ambos vencidos tras emplear la soberbia y el enfrentamiento directo a los romanos: «¿De qué le sirvió al insensato Gúntarit [...] ostentar el nombre de tirano [*tyranni*]?»; «¿Qué voy a contar del fugitivo [*profugum*] Estucias que andaba errante por tantos rincones de la tierra?». Ambos recibieron su castigo. Juan concluye: «Veis, pues, soldados, cuánto se esfuerza la Fortuna por conservar la lealtad a los emperadores [*principibus seruae fidei*] y cómo se encarga de someter, en afortunado combate, el universo entero a los romanos [*totum Romanis subdere mundum*]» (*Ioh.* IV, 435). Ahora, los soldados tienen presente qué les hace fuertes, así como también qué puede perderlos. El justo camino es el que marca el emperador romano, encargado de encauzar hacia el bien a quien decide acercarse al mal: «según la costumbre romana de nuestro sagrado emperador, acometed a estos pueblos malignos»: *Romano de more pii, gentesque malignas rumpite* (*Ioh.* IV, 441-2).

Del mismo modo, Jordanes muestra a lo largo de su obra el buen gobierno ejemplificado en lo que es justo. Nos encontramos con Tómiris, mujer reina de los getas, capaz de vencer a Ciro II el Grande, para ello relaciona al pueblo godo con el mundo persa, uno de los grandes imperios del mundo antiguo. Ciro representa todo lo contrario que debe tener un buen rey. Se aprovecha de la justicia de Tómiris, que no lo ataca hasta que pasa el río Araxes, para equilibrar la contienda. Pero aún así, Ciro arremete despiadadamente y mata al hijo de Tómiris, aniquilando a la mayor parte de su ejército. Ciro ha sido el primero en atacar, y Tómiris simplemente se ha defendido con justicia y valentía obteniendo, al final, una sonada victoria.

Por otra parte, el rey godo Ostrogoda, según el relato, se ve obligado a luchar contra el rey de los gépidas Fastida. Y Jordanes nos muestra aquí que un pueblo debe demostrar su valía cuando atacan contra él. En XVII, 99 nos informa: «Entonces Ostrogoda, el rey de los godos, que tenía un espíritu firme [*solidi animi*]» se ve obligado a ir a la guerra «para no dar la sensación de que era inferior en fuerzas». Para Jordanes, los godos no podían perder esta lucha contra los gépidas porque ellos habían evitado la guerra a toda costa; lo ejemplifica en la posición del propio rey Ostrogoda, que se lamenta del inevitable derramamiento de sangre goda, porque los gépidas también eran godos. No tiene más remedio que aceptar combatir, ya que no puede regalar territorios a un pueblo que, al fin y al cabo, había sido diferenciado dentro del mundo godo debido a su carácter inferior. Por lo tanto, «la vivacidad de ingenio y la mayor justicia de su causa ayudó a los godos»: *sed causa melior vivacitasque ingenii iubet Gothos*. Se enfrentan, y los godos vencen. El que la causa de los godos fuera más justa y el espíritu firme de su rey otorgaron, sin buscarlo, una página gloriosa para ser recordada por la memoria de su pueblo. De este modo, Ostrogoda aparece relacionado con un tiempo de paz. Prosigue Jordanes en XVII, 100: «Vuelven triunfadores los godos, satisfechos por la retirada de los gépidas, y siguen viviendo felices y en paz en su patria mientras que Ostrogoda

les sirve de guía». Por contra, el rey gépida Fastida da muestras de su negativa personalidad cuando se marcha de su patria «dejando abandonados los cadáveres de los suyos, humillado por un vergonzoso oprobio al igual que antes había estado ensoberbecido por el orgullo».²⁰

Jordanes también es un hombre religioso y educador al contraponer la firmeza de espíritu y la validez de la Justicia del rey Ostrogoda y su pueblo godo, contra un rey y un pueblo que no cumplen ninguna virtud. Quizá así Jordanes se autoconvenció de la justa defensa que perseguía el emperador Justiniano: un objetivo digno y superior a cualquier vínculo familiar o afectivo. De este modo, Jordanes se aparta de cualquier sentimiento personal y se acerca al único juez verdadero, que es Dios. Un ejemplo lo expresa cuando vivieron un tiempo apacible bajo el emperador Constantino, ya que consiguió mantener un dominio entre romanos y godos.

También en XLIV, 232, la causa justa del rey visigodo Teodoredo hace que derrote al rey suevo Riciario: «terminada la batalla resultó vencedor Teodoredo con los visigodos, que luchaban por una causa justa, mientras que casi todo el pueblo de los suevos pereció aniquilado. Su rey Riciario se rindió ante su odiado enemigo y se embarcó en un navío con intención de huir, pero una tempestad adversa que se desencadenó en el Mar Tirreno lo puso de nuevo en manos de los visigodos».

Por otro lado y como complemento de lo que es un buen gobierno, Jordanes realiza una disertación para explicar, a propósito de un tirano, lo que es correcto y lo que no en política (XIX, 105). Jordanes vuelve a la narración de los godos, que se encuentran arrasando las tierras de Mesia, tras la muerte de Decio (mitad del siglo III), la subida al poder de Galo y Volusiano y la expansión repentina de una peste «que asoló toda la faz de la tierra». Los godos arrasan Mesia «debido a la negligencia de los emperadores». De nuevo, Jordanes no acusa aquí a los godos, que son los que realizan la acción, sino a los emperadores romanos, que no hacen nada por evitar tal situación. Se trata, según él, de mal gobierno que da pie a que otros intenten usurpar el poder. Emiliano observa que los godos no tienen resistencia y decide actuar de la misma manera que ellos. Si el Estado quería acabar con los godos debía aplicar grandes gastos, y Emiliano se aprovecha instaurando una tiranía en Mesia cuando se hace dueño de todas las fuerzas militares, comienza a devastar ciudades y pueblos y aumenta el número de sus seguidores en contra del imperio.

Para Jordanes es normal que un tirano muera debido a su mal gobierno. En este caso, lo que interesa es que Emiliano acabe mal porque ha obrado mal. Ha

20. Para los godos, los cadáveres deben atenderse correctamente, da igual el momento o el lugar en el que se encuentren. Así sucede con el cadáver del rey visigodo Teodoredo en *Get.*, XLI, 214, donde en medio del combate contra los hunos de Atila, los godos se centran en honrar el cuerpo de su rey con cantos fúnebres ante la mirada atónita de los enemigos. Esta misma idea, en AMIANO: *Historia*, 19.1.9: «atravesaron montones de cadáveres y regueros de sangre, y así consiguieron llevarse el cuerpo con gran dificultad, al igual que, en otro tiempo, en Troya, los compañeros del líder de Tesalia se lanzaron a una guerra terrible por su amigo muerto».

actuado en contra del imperio y debe pagar tal osadía: «pereció al poco de comenzar su criminal intento, perdiendo la vida y el poder que tan ansiadamente deseaba» (XIX, 105). Es decir, al ansiar el poder, perdió la vida. Jordanes sigue aquí la idea de historia como educadora, del mismo modo que sucede con aquellos emperadores que se sitúan en contra del cristianismo. Casos como el de Maximino, Decio, Licinio y Valente, el usurpador Emiliano, son un ejemplo para la acción política. Marco Emilio Emiliano, como gobernador romano de Panonia y Mesia, venció a una coalición de carpos, boranos, sármatas, godos y burgundios en el año 253 d. C., y fue proclamado emperador por sus tropas, pero al dirigirse a Italia fue asesinado por sus propios soldados, que proclamaron emperador a Valeriano.

A nuestro parecer, a Jordanes no le interesa tanto el hecho concreto, sino que utiliza el ejemplo para poder transmitir lo que le interesa de la historia. Emiliano venció, entre otros pueblos, a los godos, y Jordanes no puede en ningún momento comparar a este usurpador que fue muerto rápidamente con el que definitivamente vencería al pueblo godo: el gran Justiniano.

LA SALVACIÓN DE ÁFRICA

La intervención en África sirve a Jordanes como ejemplo de lo que es justo. Aquí, la figura del rey vándalo Giserico en XXXIII, 169-170 se presenta como la de un buen gobernante. Giserico antes de morir instaura el modo en el que sus sucesores se harán cargo del trono, y propone una sucesión sin guerras civiles, de manera ordenada y uno ocupará el poder a la muerte del anterior. Así se hizo durante un tiempo en el que se mantuvo firme el poder vándalo en África. Pero sucedió que Gelimer, uno de sus sucesores, no quiso respetar lo propuesto por Giserico, y asesinó a Hilderico para instaurar un gobierno despótico. Es este acto, el de la violación de la sucesión natural y de lo dicho por los antepasados (*inmemor*) lo que hace que Jordanes justifique la entrada de Justiniano en África. Al no respetar lo justo, Gelimer crea un gobierno despótico, y ya no parece tener ayuda de la divinidad como se decía que la había tenido Giserico.

Jordanes afirma que Gelimer fue llevado como un pirata junto con todo su pueblo y sus riquezas a Constantinopla. Nos relata que se mofaron de él en el circo. Despojado de su condición real, se arrepintió tardíamente y murió como un cualquiera.

Aunque posteriormente se produjo una deslealtad de los moros (*Mauro-rumque infidelitate*) en esta zona norteafricana y con ella una guerra civil, Justiniano pudo —según se dice, con la ayuda de Dios— controlar la situación y seguir pacificando nuevos territorios en el norte africano.

Jordanes presenta a Justiniano como el vengador de la traición hacia el buen gobierno de los vándalos en África, aunque esa provincia había sido arrancada del gobierno de Roma durante un período de 106 años, desde el

comienzo del gobierno de Giserico, en 427, hasta el asesinato de Hilderico, en 533, por Gelimer. Así, la provincia «que hacía tiempo había sido desgajada del cuerpo del Estado romano por un ejército pagano dirigido por déspotas indolentes y generales infieles, vive hoy feliz recuperada por un emperador emprendedor y un general leal» (*Get.* XXXIII, 172).

Coripo continúa en el tiempo el relato de Jordanes y narra que pocos años después se va a producir la entrada del general Juan Troglita, en 547-548, y la estabilización del levantamiento indígena norteafricano. Destaca la compasión que merece la tierra africana por el sufrimiento que ha soportado bajo yugo vándalo y su agotamiento, *succurrere fessae compellit pietas. placuit, fortissime*, situación que motiva una actuación imperial a través de la misericordia que empuja a socorrerla (*Ioh.* I, 138-141). Nos persuade de las palabras que Justiniano utilizó para dar valor a su general Juan antes de la partida: «alivia a los desgraciados africanos con tu acostumbrada valentía y abate con tus armas a los ejércitos rebeldes»: *ac miseros solitis releva virtitibus Afros, Laguatanque acies armis prosterne rebelles* (*Ioh.* I, 144-145). De este modo intenta presentar una línea de actuación coherente, en la que todos han de estar felizmente convencidos.

Coripo es un fiel escritor cortesano, quien presentará más tarde un panegírico a Justino II, sobrino y sucesor de Justiniano, quien utiliza la marcha del ejército bizantino hacia África como pretexto para exponer los preceptos morales con los que, al parecer, Justiniano quiso que fueran sus insignias como gobernante del Imperio romano (*Ioh.* I, 146-149):

- Conservar las antiguas leyes de los padres: *prisca parentum iura tene.*
- Levantar a quienes están agobiados: *fessos releva.*
- Derribar a los rebeldes: *confringe rebelles.*
- Perdonar a los que se someten: *hic pietatis amor, subiectis parcere, nostrae est.*
- Dominar a los pueblos soberbios: *hic virtutis honor, gentes domitare superbas.*

Justiniano busca que se le relacione tanto con la «clemencia» como con la honra del «valor». El emperador pide al general Juan que guarde en su mente todos estos preceptos, ya que todo lo demás «está en manos de Cristo, Señor y Dios nuestro, que todo restablece mejorándolo y que te guíe en todo con su favor»: *haec mea iussa tenens, ductor fidissime, serva. cetera Christus agat, noster dominusque deusque, in melius referens, et te per cuncte gubernet prosperitate sua* (*Ioh.* I, 150-153).

La fidelidad que Justiniano pide a Juan se traduce en una fidelidad a Dios, que favorece la justicia y el buen gobierno. En un íntimo diálogo entre el piadoso Juan y Dios se expresa lo siguiente:

Tú conoces todo de antemano: ni con deseo de riquezas [*auri cupidus*], ni con afán alguno de lucro [*munere lucri*] me veo obligado a venir a Libia [África],

sino para poner fin a la guerra y salvar vidas desgraciadas [*sed scindere bellum et miseras salvare animas*]. Este es mi único objetivo, esta toda la aspiración de mi corazón [*haec sola cupido, hic animis amor omnis inest*]. Aquí solo me trae la sagrada voluntad del emperador [*principis alma trahit*]. Nuestro emperador gobierna con tu beneplácito [*noster te principe princeps imperat*]. Él mismo reconoce que te debe justa servidumbre [*ordine servitium*], como está establecido. Tú a él nos sometes a todos y nos ordenas servirle; yo he cumplido tus preceptos [*tu illi nos subicis omnes et servire iubes; tua sum praecepta secutus*] (*Ioh. I*, 293-301).

Coripo se centra en Géilamir (Gelimer, para Jordanes), al que califica como *pérfido tirano* (*tyrannus perfidus*), como el punto de partida de la nueva situación de ataque bizantino. El general de Constantinopla Belisario viaja a África para acabar con este tirano, que ostentaba «el poder en los territorios de Libia» (*Ioh. I*, 380-382). Tras Belisario, Justiniano manda al general Solomón y, tras este, a Juan Troglita. Una vez vencidos los vándalos, la lucha continúa contra los *mauri*, *massyli* y *mazax*, así como contra las tribus beréberes de los *laguantan* y los *ilaguas*, situadas entre la Tripolitania y el desierto del Sáhara. En todo momento, el mensaje sigue siendo el mismo, «salvar a los humillados y aliviar a los sometidos»: *sed voluit salvare humiles fractosque levare* (*Ioh. I*, 506-507).

Una vez en el campo de batalla, Juan Troglita tiene miedo de lo que pueda suceder, teme por no poder satisfacer los designios de Dios. Su buen consejero y jefe de Estado mayor, Ricinario, toma la palabra y le induce a proseguir con determinación la campaña militar. Le advierte que, si se retira el enemigo, todo estará salvado y cumplido, el imperio logrará la victoria sin violencia y las tribus deberán ser perdonadas, «pero si, por casualidad, el rebelde mantiene altivo su cuello, entonces deberá ser vencido por las armas. Y no habrá en ningún momento arrepentimiento en favor de los desdichados: si caen en combate, Juan estará libre de todo pecado [*si Marte cadant, peccata Iohannes nulla feret*]» (*Ioh. II*, 346-353).

La importancia del pecado forma parte de la vida de Juan Troglita, como de la de cualquier siervo del imperio. El emperador intenta conseguir los designios de un dios todopoderoso que prefiere salvar a todo el mundo, perdonar a los sometidos (*sed princeps clementer*), pero que también contempla doblegar con su fuerza a los soberbios (*Ioh. II*, 366-370).

Tanto las palabras de Justiniano como las de Ricinario muestran el campo de actuación de Juan; quien, mediante un mensajero, presenta su decisión al líder de los rebeldes indígenas. Juan pide a su adversario que el temor y la inestabilidad del momento no se adueñen de su corazón, esclavizado por los pecados que ha cometido. Todo será ventajoso si se retira y el imperio podrá darle el perdón y la paz de buen grado: *nostris solitus gaudere triumphis* (*Ioh. II*, 370-375). Juan prosigue en sus palabras destacando el concepto de clemencia, la *pietas* que mantiene el universo y vela por los cautivos y por los rebeldes, buscando la salvación de todos los pueblos del mundo. Esta *pietas* es la que

permite y ordena perdonar a los enemigos que están a punto de sucumbir ante la fuerza imperial. Juan insiste en que su objetivo primordial es conceder el perdón a todos los cautivos.

En el libro III, Coripo reflexiona sobre qué ha sucedido en África en los últimos años. El general Juan recuerda con entusiasmo la entrada de Belisario y la victoria contra el terrible tirano Géilamir. Recuerda que tras cien años de poder del cruel reino de la raza vandálica (*rite tyrannum Vandalicumque genus centeno perderet anno!*), Dios envió su mayor venganza para acabar con esta situación. Géilamir había maltratado con violencia a los africanos, y el general Belisario, a pesar del sol abrasador, consiguió la paz y capturar al tirano. Aún así, tras volver a mostrar la tierra la tradicional fecundidad, de nuevo se expandió la guerra. Coripo se sirvió del tribuno africano Liberato Cecíldes, como testigo informador en primera persona, para contar lo que había sucedido en este intervalo de tiempo. Cecíldes menciona un oráculo que ya advirtió que el indígena africano Antalas, hijo de Güenfan, sería el responsable de la inestabilidad, un joven que se lanzaría a luchar contra los vándalos y contra los romanos. El enfrentamiento hacia los vándalos hace que Géilamir, con un ideal de lucha más ofensiva, ascienda al poder de los vándalos. Ante tal acontecimiento: «En aquel momento deploró el emperador la ruptura del tratado con el reino vándalo, Roma entonces trató de recuperar Libia con sus acostumbradas victorias»: *tunc doluit princeps dirupto foedere regni, tunc Libyam solitis quaesivit Roma triumphis* (*Ioh.* III, 265). Del mismo modo que Jordanes se había expresado, Coripo pone el énfasis en la rotura de un tratado o un pacto de caballeros que Gelimer había deshecho al hacerse con el poder de su reino a la fuerza.

La victoria de Belisario en Tricamerón y el fin vándalo hace que los pueblos indígenas, sucesores de la pasada gloria cartaginesa, vuelvan a ser los protagonistas. Los jefes indígenas aceptan la victoria romana y soportan de buen grado el gobierno y las leyes del emperador: *iura cucurrit principis ultro pati* (*Ioh.* III, 288-289). Un tiempo de posguerra dirigido por el general bizantino Solomón entre los años 534-539, tiempo de tranquilidad que a quien lo narra le parece que ha durado diez años. Aún así se sucedieron varias revueltas, e incluso lo que se considera una guerra civil, así como la extensión de la peste. Situaciones que hicieron desaparecer la honradez por completo y actuar de manera injusta (*Ioh.* III, 336-379). La cólera y el castigo de Dios es la existencia de Antalas, quien lidera a diversos pueblos contra los romanos. Tras la muerte de Solomón, «se dio rienda suelta al pillaje y ninguna región se libró de la malvada guerra [*belli secura maligni*]. El saqueador enloquecido prende fuego por doquier a las ciudades y los campos» (*Ioh.* III, 450-451).

Coripo intenta que su narración sea ejemplo de fidelidad a la romanidad y al Emperador, y pone en boca de rebeldes palabras de arrepentimiento en el momento en que los vencen en combate. Estucias se lamenta del siguiente modo: «¿Qué deseo tan cruel de luchar me ha poseído? ¿Por qué, lleno de ingratitud y ejerciendo un poder funesto, no fui nunca fiel [*fidelis*] al señor

del Imperio? Es lo único que ahora me arrepiento [*modo paenitet ista*] [...]. Es esta la recompensa a mi traición [*perfidiae meritum*], junto con el crimen de la dura muerte, que me proporciona la guerra. Que lamenten los latinos este castigo y mantengan la fidelidad a su imperio y a su emperador [*fidem dominisque reseruent*]» (*Ioh.* IV, 209 y 215-219).

Tras el general Ariobindo en la década de los cuarenta y la muerte de los enemigos Estucias y Gúntarit, la llegada del general Juan Troglita invita a pensar en la total pacificación de esta zona africana.

Si algo se puede destacar de Coripo es la claridad de su posición y la diferencia entre los opuestos —romanidad ejemplificada en el emperador Justiniano contra la no-romanidad en la que también se incluyen los rebeldes o los traidores romanos—. Su intento de resumir la esencia de los acontecimientos de África hace que se posicione de manera muy sesgada: aparta la siempre existente complejidad de lo cotidiano y plantea una línea bien marcada de lo correcto y lo verdadero. Su continuo uso de adjetivos peyorativos enmarcan a los personajes que presenta. La figura de Gúntarit es el ejemplo pedagógico del mal uso de la libertad humana. En un momento en el que el general Solomón está a punto de vencer por completo a las fuerzas enemigas, es Gúntarit quien hace decir a Coripo que «la lealtad fue quebrantada» (*subito dirupta fides*) al atacar a su propio ejército (*Ioh.* III, 424). Su acción produce que la Fortuna le dé la espalda al ejército del Emperador, que Láquesis rompiera los hilos de Solomón y que la Victoria ultrajada replegara sus alas caídas. Desde entonces, Coripo lo adjetiva como un *miserable* que ha provocado un terrible desorden tras la muerte de Solomón. Coripo utiliza esta infidelidad al Emperador que muestra Gúntarit para dar ejemplo y legitimar la venida y la utilización de fuerza por parte de Juan Troglita. Describe a Gúntarit como malvado (*perversa mente malignus*), pérfido (*perfidus*), funesto (*infelix*), amenazador (*atrox*), estúpido (*insulsus*), adúltero (*adulter*), ladrón (*praedo*), homicida (*homicida*), saqueador (*rapax*), pésimo promotor de batallas (*bellorum pessimus auctor*), que tiene perversas intenciones (*crudelibus occupat*) y que utiliza el ataque sin piedad (*dolo rapuit*) sorprendiendo con argucias y engaños por medio de juramentos. Todo un listado que define bien la imagen de un tirano (*Ioh.* IV, 223-228), y por extensión al *topoi* de los no civilizados o bárbaros.²¹

La imagen del mal se contrapone al fin con la serenidad, la severidad y la vejez del venerable Atanasio (*nam pater ille bonus summis Athanasius*), quien a través de buenos consejos (*consiliis media*) puede conseguir el asesinato de Gúntarit y la devolución de África al Imperio romano (*Ioh.* IV, 232-240). Juan Troglita es animado a continuar la pacificación definitiva, ya que es valeroso, fuerte y sensato, que ha conseguido ilustres hazañas que lo han renombrado

21. E. SÁNCHEZ MEDINA (2013): *La reinención de la barbarie africana durante la Antigüedad Tardía. Africanos y romanos en conflicto con el poder bizantino*. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, en concreto pp. 126-137.

en el mundo entero: *virtusque tibi iam nota per orbem est, et vigilant sensus et claris dextera factis* (*Ioh.* IV, 245-247).

Del mismo modo, también considera al dirigente Antalas como un tirano (*tyrannum*) que atrae a los rebeldes (*rebelles*). En este caso, un mensajero romano es el encargado de pedir la colaboración de Antalas (*Ioh.* IV, 340-2). Destaca la extensión por doquier de la inmensa benevolencia de su soberano: *pietas tu magna regentis omnia contineat*. Así como su valor y su bondad: *uirtutem indomitam mista bonitate*.

El Emperador no acude a la guerra, al terreno donde se libran las batallas, sino que se queda en la capital. El general Juan lo cita varias veces mientras suceden los episodios en el campo de batalla. La presencia del Emperador se produce antes de partir a la guerra; por ejemplo, Juan recuerda que el emperador en persona entregó (*princeps maximus orbis ipse dedit*) como aliados de la paz y ayuda en el combate a las tribus de Cúsina y de Ifisdayas (*Ioh.* VII, 269-270), pero su imagen y todo lo que representa quedan muy vivos mientras se producen los enfrentamientos armados a miles de kilómetros de Constantinopla.

En los libros VII y VIII, Coripo muestra toda la dureza de una guerra abierta en el norte africano. El sol y la sequedad de la tierra, la sed y el hambre causan muchas bajas, y la lucha cuerpo a cuerpo es encarnizada donde se entremezclan sangre con arena. Describe imágenes que recuerdan a la guerra de Troya de la *Iliada*. En un escenario difícil y desconocido; la lealtad y la justicia siempre se ponen en entredicho ante los directos temores de la muerte. En *Ioh.* VIII, 50 ss. comienza una sedición de los propios soldados romanos contra el general Juan Troglita; pero finalmente, ante las duras palabras del general, «Vosotros, tropa cobarde, salid de nuestro campamento» (*Ioh.* VIII, 124), desisten y se arrepienten de haberse dejado llevar por la cólera. Su arrepentimiento está determinado por los siguientes aspectos (*Ioh.* VIII, 139-141):

- Patriotismo y lealtad: *mouit pietasque fidesque*.
- Miedo al emperador: *principis atque metus*.
- Dignidad y valor del general: *grauitas uirtusque magistri*.
- Las apacibles palabras de Ricinario: *placidis reuocans Ricinarius agmina uerbis*.

En *Ioh.* VIII, 255 ss. el líder indígena Autílitén decide atacar de improviso a los romanos. Para Coripo, la acción toma una carga sentimental debido a que han elegido a conciencia el día sagrado de los cristianos, en el que el ejército romano no pretendía entablar combate. Por el contrario, Juan y Ricinario se sumergen en la plegaria hacia Dios y, entre lágrimas, piden por la salvación del imperio, de sus hombres, de Libia y de ellos mismos: «Desde su alta morada el Padre [*alta sede pater*] que aterroriza al universo con su rayo los vio rezando y puso fin a tanta fatiga en la guerra» (*Ioh.* VIII, 297-299). Ante los sacrificios terribles a los dioses indígenas Gúrzil, Amón, Sinifere y Mástimán, los romanos

cristianos acuden a misa y piden a Cristo que sus culpas sean perdonadas en un ambiente de súplicas y lágrimas. De este modo, los romanos se muestran superiores a los indígenas, y su valor los hace superiores hasta el punto de que «no hay ninguna espada de soldado romano que no tenga sangre mora»: *nullum est sine sanguine Mauro Romani ferrum populi* (Ioh. VIII, 525-526).

Por desgracia, el final del libro de Coripo no se conserva, pero creemos que lo que sí ha sobrevivido puede ejemplificar bien la mentalidad del autor y sus sentimientos hacia el emperador Justiniano.

EL TRASPASO LEGÍTIMO DEL PODER EN ITALIA

Destacamos que parte de la historiografía ha querido ver en la ocupación de Italia un acto de justicia por el que Justiniano no tuvo más opción que intentar recuperar el orden que se había perdido en el año 476 con la deposición en Ravena de un emperador romano a manos de extranjeros. A este respecto, Brian Croke²² destacó la importancia de Jordanes al otorgar relevancia al año 476 d. C., año de la entrada de Odoacro en Ravena y de la deposición de Rómulo Augústulo, considerado como el último emperador romano de Occidente por la historiografía posterior.

Para Croke, la importancia historiográfica del año 476 se originó, no en el juego ideológico de la aristocracia senatorial romana bajo el dominio ostrogodo, sino en los registros locales de Constantinopla en el siglo VI. Señala que el conde Marcelino realizó su crónica desde el punto de vista bizantino —que encontramos primero en Eustacio— y que de Marcelino pasó a Jordanes y a los cronistas medievales de Europa Occidental, y de allí a los humanistas del Renacimiento y hasta nuestros días. De este modo se justificaba la entrada de Justiniano en la corte imperial de Ravena, sin duda ese fue el mayor de sus logros, como dejó claro en el interior de sus iglesias, en las que se muestra, en espléndidos mosaicos, la idea del poder terrenal auspiciado por el poder celestial.

Con la entronización del ostrogodo Teodorico el como rey de Italia, la genealogía de los godos comienza a tener importancia entre los escritores latinos como Casiodoro. Al parecer, la genealogía real de los godos proviene de un tiempo inmemorial y se perpetúa a través de la huella que van dejando cada uno de los gobernantes. Algunos nombres se olvidaron, pero otros

22. B. CROKE (1983): «A. D. 476. The manufacture of a turning point», en *Chiron*, XIII, pp. 81-119. Del mismo modo, posteriormente G. ZECCHINI (1985): «Il 476 nella storiografia tardoantica», en *Aevum*, LIX, pp. 3-23, presenta una doble tradición sobre este año: la de Ravena y la protobizantina, donde destaca el testimonio de Símaco, Jordanes y Casiodoro, así como la relación entre estos tres autores. Por su parte, S. KRAUTSCHICK (1986): «Zwei Aspekte des Jahres 476», en *Historia*, XXXV, pp. 344-371, cree que el año 476 puso en tela de juicio la pretendida unidad política entre Occidente y Oriente. Cree que la deposición de Rómulo Augústulo no representó un cambio real, sino que fue intensificada por los escritos del conde Marcelino, así como por Jordanes. Estos se centraron en exaltar las victorias de Justiniano, preparando el camino y haciendo propaganda a través de la reconquista de Occidente.

quedaron en el recuerdo grabados en el sentimiento popular. La idea que Jordanes nos ha dejado del rey Teodorico es la de un rey poderoso. Así en LVIII, 303 dice: «En conclusión, mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento». La grandeza de Teodorico queda plasmada con la unión de dos familias de la dinastía de los Amalos cuando casa a su hija Amalasueta con Eutarico. Tanto Viterico, el padre de este, como su abuelo Berimundo jamás consintieron el estar subyugados bajo dominio de los hunos y se habían exiliado en Occidente. A este respecto, las últimas palabras de Teodorico hacen referencia a su sucesión como gobernante de los godos. En LIX, 304 comenta Jordanes: «Pero como Teodorico había llegado ya a la vejez y se daba cuenta de que dejaría pronto este mundo, convocó a los condes godos y a los más notables de su reino y proclamó rey a Atalarico, que era todavía un niño que no había cumplido los diez años, hijo de su hija Amalasueta y huérfano de su padre Eutarico. Les ordenó, como si se tratara de un testamento pronunciado oralmente [*eisque in mandatis ac si testamentali voce denuntians*], que honraran a su rey, que estimaran al Senado y al pueblo de Roma, y que imploraran, después del divino, el favor y el auxilio del emperador de Oriente [*principemque Orientalem*]».

La petición de Teodorico favorecía la relación de godos y romanos, y declaraba la verdadera posición del pueblo ostrogodo con respecto al poder superior de la Roma oriental. De este modo, el reinado de los ostrogodos prosiguió con el niño Atalarico y su viuda madre, Amalasueta. Jordanes dice que todo se mantuvo estable durante ocho años, pero los francos le plantaron cara: tuvo que cederles las tierras de la Galia, y todo volvió a estabilizarse. Es en ese momento cuando Jordanes puntualiza un acontecimiento sumamente importante para el futuro de los ostrogodos. Dice que «cuando Atalarico se acercaba a la flor de la edad [hacia los veinte años, año 534], confió tanto su propia juventud como la viudedad de su madre al emperador de Oriente»: *dum ergo ad spem iuventutis Athalaricus accederet, tam suam adulescentiam quam matris viuitatem Orientis principi commendavit* (LIX, 305). Este acontecimiento nos marca el tránsito de poder del rey ostrogodo al emperador de Oriente, que en ese momento ya era Justiniano. La idea de un tránsito total de poderes se hizo real con la muerte prematura de Atalarico: «pero poco después el desdichado abandonó los asuntos de este mundo sorprendido por una muerte prematura». Aunque la reina madre Amalasueta pronto llamó a su primo Teodado de Toscana «y lo colocó en el trono en virtud del parentesco que los unía», la situación ya se había vuelto favorable para Justiniano²³. La actitud de Teodado ante su prima y esposa —a la que decidió desterrar y que al poco tiempo fue asesinada— es el *casus belli* que hizo que la balanza se inclinara a favor de

23. Aunque las intrigas de palacio son propicias para este tiempo de rápidas resoluciones. Para la posición de Amalasueta respecto a Teodado y Justiniano, véase N. H. BAYNES (1925): «Justinian and Amalasueta», en *The English Historical Review* (vol. 40, n.º 157), pp. 71-73.

Constantinopla. Justiniano se sintió atacado personalmente, ya que Teodado se había olvidado de sus propios vínculos de sangre (*inmemor consanguinitatis*). En LX, 307 se narra de este modo: «Cuando se enteró de esto Justiniano, se conmovió profundamente y consideró como una afrenta personal la muerte de sus protegidos»: *Quod dum Iustinianus imperator Orientalis audisset et quasi susceptorum suorum morte ad suam iniuriam redundaret, sic est commotus*.²⁴ A partir de ese momento comienza una guerra abierta contra los godos en Italia. Una hija de Amalasueta y heredera directa al trono llamada Matesuenta contrajo matrimonio con el nuevo dirigente godo, Vitigis. Restablecen el mal gobierno de Teodado, pero el ejército de Justiniano comandado por el general Belisario ya era imparable, y los godos se rindieron finalmente en la ciudad de Ravena.

La rendición y la aceptación del poder romano hace que tanto Vitigis como Matesuenta acaben sus días en la ciudad de Constantinopla. El primero designado patricio, muere pronto en la corte bizantina. Matesuenta contrae matrimonio con Germano, un primo del Emperador. De este matrimonio nace un hijo de nombre también Germano y que para Jordanes constituye la esperanza de ambas familias, tanto de los ostrogodos Amalos como de los romanos Anicios. Jordanes parece encontrar la solución a la nueva situación: la fusión entre el germanismo y el romanismo.²⁵

Creemos que, del mismo modo como se había hecho siempre, Jordanes canta ahora el legítimo traspaso de poder de los ostrogodos al emperador Justiniano. Por una parte, muestra el final del reino ostrogodo y, por otra, presenta al nuevo dirigente de los godos: el emperador Justiniano. Así en LX, 313 concluye con estas palabras: «De este modo este reino tan famoso y este valerosísimo pueblo de casi dos mil treinta años cayeron en poder del emperador Justiniano, vencedor de diferentes pueblos, gracias a la intervención de su muy leal Belisario [*Iustinianus imperator per fidelissimum consulem vicit Belesarium*]». Continúa en LX, 315: «Hasta aquí nuestro relato sobre los orígenes de los getas, la nobleza de los Amalos y las hazañas de estos hombres valerosos. Esta raza tan encomiable se sometió a un príncipe más digno, si cabe, de alabanza, y a un valiente general [*haec laudanda progenies laudabiliori principi cessit et fortiori duci manus dedit*], cuya gloria no será silenciada por los siglos ni las edades futuras, sino que tanto el emperador Justiniano como su cónsul Belisario recibirán los títulos de vencedores de los vándalos, los africanos y los getas [*sed victor ac triumphator Iustinianus imperator et consul Belesarius Vandalici Africani Geticique dicentur*]».

24. Mommsen anota en su edición (n.º 2, p. 136) que las palabras de Jordanes se basan, a su vez, en el Continuador Marcellini, sobre el año 534: *Theodahadus rex Gothorum Amalasuetham reginam creatricem suam de regno pulsam in insula Bulsiniensis occidit. cuius mortem imp. Iustinianus ut doluit, sic et ultus est*.

25. F. GIUNTA (1948): «Considerazioni sulla Vita e Sulle Opere di Jordanes», en *Italica* (vol. 25, n.º 3), pp. 244-247.

Menéndez Pidal habla directamente de apología de Jordanes hacia Justiniano.²⁶ Una apología que no es gratuita, sino que persigue un claro propósito por parte de Jordanes: presentar lo ilustre que era Matesuenta, hija de Amalasunta y nieta de Teodorico, acogida en Constantinopla, y muestra sus grandes cualidades para casarse con un miembro de la familia imperial y vivir en clientela con Justiniano. Desde este punto de vista, Jordanes debió seguir la actitud mostrada por Atanarico en el pasado al alabar a Teodosio; o la del propio Teodorico, al que Jordanes asigna estas palabras (LIX, 304): «que imploraran, después del divino, el favor y el auxilio del emperador de Oriente»: *amarent principemque Orientalem placatum semper propitiumque haberent post deum*. Es decir, el príncipe oriental es después de Dios a quien hay que tener aplacado y propicio. Una concepción que Teodorico ya había mostrado en el año 507 al emperador de Oriente Anastasio: «Nuestra realeza es una imitación de la vuestra, modelada según vuestros buenos propósitos, una copia del único imperio; y en la medida en que os seguimos, aventajamos a todas las demás naciones».²⁷ De esta manera, Jordanes condena todo tipo de resistencia al imperio de Justiniano.

Con la entrada bizantina, el panorama político concreto de los ostrogodos ha cambiado, pero la perspectiva del pasado y el recuerdo de los máximos dirigentes sigue un uso tradicional. Justiniano personifica —para Jordanes legalmente— la continuidad goda, y la existencia de la obra escrita *Getica* apoya y afirma al dirigente vencedor y más justo. Así termina la obra jordaniana en LX, 316: «Además, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito o narrado de ellos [los godos] para su propia gloria, sino sobre todo para la de aquel que los venció»: *nec tantum ad eorum laudem quantum ad laudem eius qui vicit exponens*. De este modo, la propia obra de Jordanes se puede presentar como continuadora de la tradición de los godos de cantar las alabanzas de sus líderes, y su último líder no es otro sino el emperador Justiniano, quien los protege y los acepta en su propia familia. Jordanes, de ascendencia goda, que había sido elegido para elaborar la obra se convierte así en el valedor y testigo del justo traspaso de poder. Los godos tienen un nuevo líder: Justiniano.

PROPAGANDA DEL EMPERADOR COMO JUEZ SUPREMO

La idea de Jordanes así como la de Coripo es la de destacar, entre otras cosas, aquello que es justo, ejemplificado en el buen gobierno. Ambos escritores

26. R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.) (1985): «Introducción», en *Historia de España III. España visigoda (414-711 de J. C.)* Madrid: Espasa-Calpe (1940), pp. XXI-XXII. Nos muestra que *Getica* es un trabajo preparado a conciencia y de manera arbitraria, que exagera el pasado y la gloria de los godos. Se aprovechó de autores anteriores que ya habían hablado de este pueblo y lo unió en un cuerpo común, en el que se identifica a los godos con Magog, con los escitas y con los getas.

27. P. HEATHER (2013): *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*. Barcelona: Crítica, p. 21. La cita de Teodorico en Casiodoro, *Variae*, 1.1.

favorecen la justicia y les interesa que quede claro con distintos ejemplos. Se muestran como educadores. El buen camino, el justo es el que ha hecho que Justiniano pueda dominar la situación y poder tener bajo su control a los vándalos, africanos y godos. Por el contrario, encuentran en las figuras de los denominados *usurpadores*, a tiranos o a malos emperadores (Maximino, Decio, Emiliano, Licinio, Valente) así como a déspotas (el gépida Fastida, el suevo Riciario, el vándalo Gelimer) que acaban mal: ejemplarizantes historias que definen muy bien qué le sucede a quien no actúa de manera justa.

Desde esta perspectiva, la entrada de las tropas bizantinas y el control por parte de Constantinopla de África e Italia están justificados, Justiniano vendría a hacer una mayor justicia en estas zonas, donde el mal gobierno había producido un desequilibrio que se debía irremediablemente corregir. En este punto destaca para Italia el año 476 cuya relevancia, para autores como Croke, es obra del conde Marcelino y del propio Jordanes, siendo los dos máximos responsables de que la deposición de Rómulo Augústulo se propagara como un acto injusto, aunque sabemos que fue el por entonces emperador de Oriente Zenón quien estuvo a favor de tal actuación cuando mandó a Odoacro a Italia.

Justiniano acaba con el reino de los vándalos en África y tiene una posición muy favorable en Italia contra los ostrogodos y, debido al enorme poder que representa el trono imperial de Constantinopla y a su gran esfuerzo de propaganda —que será recogido por la extensa obra de Procopio—, no puede ser visto de otra manera por los cristianos del imperio, sino como aquella fuerza divina que intenta aplacar el mal del mundo. A la espera de la segunda venida de Cristo y del Juicio Final, Justiniano debe afrontar el mando de su extenso imperio; y su postura para lograr la victoria definitiva del bien, del cristianismo, hace que incluso la *Historia Secreta* de Procopio pueda entenderse desde una óptica apocalíptica. La política del miedo, el uso de la violencia y el régimen del terror en estas circunstancias se observan como adecuados y necesarios para aplacar el mal. De este modo, toda actuación del Emperador está en los planes de Dios: será considerado como su representante en la tierra o, por el contrario, será el enviado del demonio que juzga a los pecadores.²⁸

Jordanes también está en consonancia con el *Código* de Justiniano, que ataca a los enemigos del Estado y defiende la religión cristiana ortodoxa como único camino de salvación. Una idea que debe entenderse desde el contexto de un siglo VI, cuando se sufre la enfermedad mortal de una peste muy intensa; sobre todo, la famosa mediterránea en el año 542. Un mundo marcado por la pobreza en las ciudades, ejemplificada en la misma ciudad regia de Constantinopla, donde el propio Justiniano sufrirá la rebelión Niká, que a punto estuvo de costarle el trono en el año 532. Con un marco religioso realmente tenso, propiciando auténticos enfrentamientos con la sede apostólica de Occidente, Roma, el papa Vigilio es retenido en la corte bizantina durante casi seis años

28. R. D. SCOTT (1985): «Malalas, The Secret History, and Justinian's Propaganda», en *Dumbarton Oaks Papers*, n.º 39, pp. 99-109.

(ca. 547-553) y fue obligado, ya enfermo, a aceptar por la fuerza las decisiones del emperador de Oriente. Todo ello sucede en el marco del último intento de unificar el Imperio romano en su conjunto. Este impetuoso esfuerzo de la corte imperial, al parecer, se traduce en la vida cotidiana en una guerra continua durante casi veinte años, cuyo esfuerzo repercute en las personas y en sus esperanzas de vida; un camino de desgaste en el que el ejército de Justiniano va ampliando sus objetivos conforme va venciendo a sus enemigos en el norte africano y en la península italiana, donde vándalos y godos ejemplifican al enemigo del imperio y de la religión. Las victorias de Justiniano expulsan el mal y hacen que Dios siga triunfando en el mundo.

La mentalidad de dos escritores como Coripo y Jordanes bien pudo mantener como cierta la idea de que, si Justiniano era derrotado, el imperio caería y sus enemigos paganos y herejes se harían con las riendas de la dirección. Desde esta idea, la fuerza y el poder de Justiniano mostraban la viveza y la energía de Cristo. Una idea que, según Werner Goetz, bien pudo manifestarse en este tremendo mundo en crisis, en el que se pudo pensar en el fin del Romanun Imperium y de la venida del Anticristo, tal como afirmaban las Sagradas Escrituras.²⁹

Coripo dedica su obra al general Juan Troglita, pero desde el comienzo pide el beneplácito del Emperador. Sitúa a este en medio de la justicia y la concordia, en un alto trono. El Emperador es quien puede vencer a los pueblos rebeldes y aplicar leyes para su sometimiento. Es señor de Oriente y de Occidente y considerado gloria del imperio.

Jordanes dice que escribe su obra para gloria del Emperador en ocasión de ensalzar sus triunfos ante vándalos, africanos y godos, pero también sitúa al mismo nivel la importante labor militar del general Belisario.

Un ejemplo explícito de los valores romanos lo encontramos en la sedición del ejército de Juan Troglita. Los soldados que quieran formar parte del imperio han de mostrar patriotismo y lealtad, así como miedo al Emperador.

El pensamiento religioso de Coripo y de Jordanes se encuentra estrechamente ligado a la concepción política de la obra de Justiniano, tal y como hemos podido observar a través de la información que muestran en sus obras. Se decantan por la religión cristiana más ortodoxa, la bizantina, y se presentan contrarios a las herejías y a cualquier tipo de oposición al imperio. En el caso de Jordanes, concreta el mal en el arrianismo, concepción del cristianismo que, seguida en su gran mayoría por el pueblo godo desde su conversión en el siglo IV, fue favorecida por el emperador oriental Valente. Jordanes acepta el lema «arma et leges», símbolos de la denominada *Renovatio Imperii* del Emperador. La obra de Coripo está escrita totalmente inmersa en esta concepción de la victoria, la superioridad y la verdad que atesoran la antigüedad clásica de

29. W. GOEZ (2003): «Die Danielrezeption im Abendland - Spätantike und Mittelalter», M. DELGADO, K. KOCH, E. MARSCH (hrsg.), *Europa, Tausendjähriges Reich und Neue Welt. Zwei Jahrtausende Geschichte und Utopie in der Rezeption des Danielbuchs*. Stuttgart: Universitätsverlag Freiburg Schweiz-W. Kohlhammer, pp. 176-196.

Grecia y Roma sobre el resto de poblaciones indígenas ajenas a la civilización grecolatina.

En ambos autores queda explícitamente clara la superioridad de la imagen preponderante del poder imperial y cristiano del emperador sobre sus súbditos. Únicamente Cristo Dios puede conducir y ayudar a Justiniano en sus empresas.

Tanto en África como en Italia, las expediciones del emperador están justificadas. Se busca la recomposición de la paz, del perdón de los pecados de los pueblos que se someten y de la victoria sobre los que se oponen en su camino. La rotura de tratados de concordia por parte de los líderes vándalos y godos hace que Justiniano sea el responsable de buscar la justicia y equilibrar con el bien el mal del mundo. El mal surge cuando se rompe un pacto de amistad o cuando no se respeta un lazo sanguíneo, términos que se enmarcan en el valor de la *fides* al imperio, al emperador y, por extensión, a Dios.

A MODO DE HIPÓTESIS INTERPRETATIVA: LA DOBLE VISIÓN DEL EMPERADOR EN DOS ESCRITORES COETÁNEOS

Los conceptos sobre el poder en Justiniano por parte de Coripo y de Jordanes pueden ser significativos para comprender la situación política o los intereses expansionistas concretos tras las pacificaciones de los conflictos de África e Italia. Paolo Mastandrea ha estudiado detenidamente el concepto de *Gemina regna* en relación con la concepción de las dos partes del Imperio romano iniciada tras la división teodosiana. Destaca que, en época de Justiniano, se produce el último intento de reunificación, y los adjetivos de Coripo y de Jordanes hacia Justiniano resultan significativos en este aspecto. Este autor piensa que no debe excluirse que, después de una década de fracasos militares en Italia, el autócrata emperador aceptaría restaurar una especie de diarquía entre las dos partes del imperio cuando da Occidente a su primo Germano, que estaba relacionado con la familia de los Anicios y se había casado con la reina goda Matesuenta; era una solución aceptable para los aristócratas romanos en el exilio, como refleja Jordanes. Pero el ascenso de las expectativas positivas de Belisario, y tal vez con el temor de que las condiciones de su propio reconocimiento desde el año 540 —cuando el general victorioso fue tentado a tomar el mismo color púrpura en Rávena—, pudo ser determinante para que el emperador se decantara por la elección altamente sospechosa de Narsés, un eunuco, cuya personal discapacidad lo inhibe del ejercicio directo del poder imperial.³⁰

30. P. MASTANDREA (2011): «Corippo, Giordanes, Colombano: nomi parlanti e allusioni reticenti», en *Aevum Antiquum N. S.*, 11, pp. 131-149, en concreto p. 140, nota 31. Imagen de Narsés que se matiza en P. RANCE (2005): «Narses and the Battle of Taginae (Busta Gallorum) 552: Procopius and Sixth-Century Warfare», en *Historia* (vol. 54, nº 4), pp. 424-472.

Repasando la figura del emperador en la historiografía, nuestro trabajo ha pretendido centrarse en un momento concreto de su existencia y mostrar la visión de dos escritores coetáneos que han respirado el mismo aire que el Emperador.

Justiniano es *imperator*, título que declara su poder, así como su condición de heredero de una institución política que antaño había dominado el mundo: el Imperio romano. Pero, mientras Jordanes lo denomina así (*Get.* XXXIII, 171 y 172; LX, 313; LX, 315), también aprovecha para indicar que Justiniano es emperador de Oriente: *Iustinianus imperator Orientalis* (*Get.* LX, 307).

Coripo prefiere el concepto *dominator*, el dominador sobre las naciones del mundo, frente al de *imperator*, pero su idea es la de mostrar a Justiniano como la figura heredera de césares y emperadores romanos. Para Coripo, Justiniano es el dominador del mundo, un puesto que ha conseguido gracias a su lealtad y a su riguroso comportamiento piadoso: *fidem dominisque reseruent* (*Ioh.* IV, 209 y 215-219). Es dominador del todo, que incluye tanto la parte oriental como la parte occidental del antiguo imperio: *orbis dominator Eoi occiduique potens* (*Ioh.* VII, 145-146).

Del mismo modo, Justiniano es *princeps*, el primero, el mejor, la figura más poderosa de su tiempo (Coripo, *Ioh.* I, 14-16; III, 265 y 288-289; VIII, 139-141; V, 42-44; VII, 269-270; Jordanes, *Get.* LIX, 304; LIX, 305; LX, 315). Pero, mientras en Coripo Justiniano es considerado *principis imperium* (*Ioh.* V, 42-44) y *princeps maximus orbis* (*Ioh.* VII, 269-270), en relación con ser el primero del imperio observado como el orbe o el todo existente, Jordanes identifica a Justiniano como el *princeps* de la parte oriental del imperio, *principemque Orientalem* (*Get.* LIX, 304) y *Orientis principi* (*Get.* LIX, 305).

En conclusión, parece que mientras Coripo observa con más grandilocuencia su poder, al identificarlo como *dominus* del *orbis*, Jordanes lo muestra más como el emperador de Oriente que ha triunfado en Occidente, tras la realidad de unos años de guerra continuada.

Mientras la concepción de Coripo parece que se centra en una visión bizantina de los acontecimientos desde la corte y con una mentalidad tradicional grecolatina, heredada y favorecida por la propaganda de rehabilitación de la gloria del pasado imperial de dominación y victoria, desde una perspectiva de dominación total, Jordanes, tal vez por su propia condición de godo y más atento a los sucesos presentes de la guerra romano-goda en Italia, identifica claramente a Justiniano con la parte oriental del imperio. El escritor godo, a pesar de relacionarse con la corte de Constantinopla y de elaborar su obra posiblemente en el ámbito de poder del Emperador, deja constancia de su imagen del mundo, que a su vez se aparta de la unidad total de Coripo.

El mundo cambia, y la pretendida imagen fija se ha resquebrajado, Jordanes muestra en su obra que en Occidente hay otros muchos líderes y señores de lo que antaño fuera dominio romano. Una visión dual entre los años 549-551 d. C. resalta y justifica la imagen de una doble concepción de los acontecimientos

que se están sucediendo mientras se escribe. La idea universal total y la idea universal parcial son los pesos de una balanza en continuo movimiento.

Debemos recordar también que, durante los años en los que se escriben estas dos obras, la relación del emperador con Occidente y, en concreto, con la sede apostólica de Roma no demuestran una completa unión. El papa Vigilio fue persuadido para viajar a Constantinopla y aceptar las ideas de Justiniano. Parecía que visita del pontífice podía dar fin hasta que no firmara tal aceptación, en lo que ha sido considerado como un verdadero secuestro y una total presión sobre la máxima autoridad católica.³¹ Acciones como esta podrían poner en entredicho la *potestas* del emperador universal; más en un mundo en el que estaban creciendo multitud de focos de autoridad y que intentaban, a su vez, legitimar sus propios regímenes de cara al escenario internacional.

En este ambiente, lo único que puede hacer una de las mentes más preclaras de este momento, Casiodoro, es escribir su *Expositio Psalmorum*; obra que logra realizar a través del camino de la diligencia, el orden y la modestia³² intentando encontrar un trabajo útil y claro en lo que seguramente fue un esfuerzo por rebajar las discrepancias y los ánimos de un ambiente religioso encrespado y que, por extensión, afectaba al conjunto de la vida de la gran urbe. Cantar los Salmos parecía el único camino a seguir en un mundo inestable, centrarse en el Todopoderoso también fue una atractiva bandera para enarbolar la unión de todos los siervos.

La Antigüedad Tardía muestra su vitalidad interna en un momento en el que el emperador Justiniano se mueve entre ser el señor del imperio o un líder poderoso más entre los que quieren regir los destinos de los diversos pueblos de la tierra. El Imperio romano de Justiniano fue un sueño en vida, y no todos lo observaron de la misma manera. Los testimonios de Coripo y de Jordanes nos aportan datos para seguir investigando en este sentido, y dan pie para comprender las acciones del emperador Justiniano I no de manera estática, como se muestra en los excelentes mosaicos italianos, sino cómo se observa a un ser humano que siente y padece los acontecimientos de su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- BAYNES, N. H. (1925): «Justinian and Amalasantha», en *The English Historical Review* (vol. 40, n.º 157), pp. 71-73.
- BODELÓN, S. (2002): «Coripo: introducción y puesta al día bibliográfica», en *Entemu*, XIV, pp. 1-12.
- BROWN, P. (2012): *El mundo de la Antigüedad tardía*. Madrid: Gredos (Londres, 1971).

31. H. I. MARROU (1982): «Desde el Concilio de Nicea hasta la muerte de San Gregorio Magno», en J. DANÉLOU; H. I. MARROU: *Nueva historia de la Iglesia* (tomo I). Madrid: Ediciones Cristiandad, pp. 261-496, pp. 399-400.

32. J. J. O'DONNELL (1979): *Cassiodorus*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: Universidad California Press, (cap. 5, donde se centra en analizar su estancia en Constantinopla y la redacción de esta obra).

- CROKE, B. (1983): «A. D. 476. The manufacture of a turning point», en *Chiron*, XIII, pp. 81-119.
- (2005): «Jordanes and the immediate past», en *Historia* (vol. 54, n.º 5), pp. 473-494.
- ESTEFANÍA, M^a. DEL D. N. (1972): *Los panegíricos de Corippo*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- EVANS, J. A. S. (1996): *The age of Justinian. The Circumstances of Imperial Power*. Londres y Nueva York: Routledge.
- GIUNTA, F. (1948): «Considerazioni sulla Vita e Sulle Opere di Jordanes», *Italica* (vol. 25, n.º 3), pp. 244-247.
- GOEZ, W. (2003): «Die Danielrezeption im Abendland - Spätantike und Mittelalter», en M. DELGADO, K.; KOCH, E.; MARSCH (hrsg.): *Europa, Tausendjähriges Reich und Neue Welt. Zwei Jahrtausende Geschichte und Utopie in der Rezeption des Danielbuches*. Stuttgart: Universitätsverlag Freiburg Schweiz-W. Kohlhammer, pp. 176-196.
- GONZÁLEZ, R. (1990): «La obra legislativa de Justiniano y la cristianización del cosmos», en *Antigüedad y cristianismo*, VII, pp. 495-518.
- (1997): *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*. Murcia: Universidad de Murcia.
- GOÑI, C. (2002): *Historia de la filosofía, I. Filosofía antigua*. Madrid: Palabra.
- HEATHER, P. (2013): *La restauración de Roma. Bárbaros, papas y pretendientes al trono*. Barcelona: Crítica, (Oxford, 2013).
- KAPPELMACHER, A. (1957): «Iordanis», en PAULY-WISSOWA-KROLL (1916): *RE*, IX.2. Stuttgart, pp. 1908-1929.
- KRAUTSCHICK, S. (1986): «Zwei Aspekte des Jahres 476», en *Historia*, XXXV, pp. 344-371.
- LILIE, R. J. (2001): *Bizancio. Historia del Imperio romano de Oriente 326-1453*. Madrid: Acento (München, 1999).
- MAIER, F. G. (1974): *Bizancio*. Madrid: Historia Universal, siglo XXI (Frankfurt y Main, 1973).
- MARROU, H. I. (1982): «Desde el Concilio de Nicea hasta la muerte de San Gregorio Magno», en J. DANÍELOU, H. I. MARROU: *Nueva historia de la Iglesia* (tomo I). Madrid: Ediciones Cristiandad, pp. 261-496.
- MASTANDREA, P. (2011): «Corippo, Giordanes, Colombano: nomi parlanti e allusioni reticenti», en *Aevum Antiquum* N. S. (n.º 11), pp. 131-149.
- R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.) (1985): «Introducción», en *Historia de España III. España visigoda (414-711 de J. C.)*. Madrid: Espasa-Calpe (1940), pp. VII-LV.
- O'DONNELL, J. J. (1979): *Cassiodorus*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: Universidad California Press.
- RANCE, P. (2005): «Narses and the Battle of Taginae (Busta Gallorum) 552: Procopius and Sixth-Century Warfare», en *Historia* (vol. 54, n.º 4), pp. 424-472.
- RAPP, C. (2005): «Literary culture under Justinian», en MAAS, M. (ed.): *The Cambridge companion to the Age of Justinian*. Cambridge, pp. 376-397.
- SÁNCHEZ, E. (2013): *La reinvencción de la barbarie africana durante la Antigüedad Tardía. Africanos y romanos en conflicto con el poder bizantino*. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- SCOTT, R. D. (1985): «Malalas, The Secret History, and Justinian's Propaganda», en *Dumbarton Oaks Papers* (n.º 39), pp. 99-109.
- VASILIEV, A. A. (1945): *Historia de Imperio bizantino* (tomo I). Barcelona: Iberia (Petrogrado, 1917).
- ZECCHINI, G. (1985): «Il 476 nella storiografia tardoantica», en *Aevum*, LIX, pp. 3-23.